

II Domingo de Pascua, Ciclo C

Dedicado a los recién bautizados. Somos hijos de Dios en Cristo y sentirnos siempre dentro de ese amor divino.

"Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: -Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: -Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: -Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Contestó Tomás: -¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: -¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre" (Juan 20,19-31).

1. Al comenzar la Misa con "El Señor esté con vosotros", queremos decir que "Cristo, por su Palabra, se hace presente en medio de sus fieles" (IGMR 7.9.33). Hoy agradecemos a Dios que nos llene siempre de misericordia: **«Dios de misericordia infinita, que reanimas la fe de tu pueblo con la celebración anual de las fiestas pascuales, acrecienta en nosotros los dones de tu gracia, para que comprendamos mejor que el bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido».** Es una alegría poder celebrar la misericordia cada año en la Pascua.

Es hoy también un día dedicado a los recién bautizados, como dice la antífona de entrada: **«Como el niño recién nacido, ansiad la leche auténtica, no adulterada, para crecer con ella sanos. Aleluya»** (1 Pe

2,2). O bien: «**Alegraos en vuestra gloria, dando gracias a Dios. que os ha llamado al reino celestial. Aleluya**» (Esd 2,36-37). Y queremos vivir más intensamente el bautismo que nos hace hijos de Dios, el Espíritu que llevamos dentro y que nos convierte en hombres nuevos, la sangre de Jesús que nos ha rescatado y nos ha abierto caminos definitivos de vida. Las lecturas pueden ampliar alguno de los puntos. Y añadir la clara petición de la poscomunión: **que la fuerza del sacramento pascual -la Eucaristía- persevere siempre en nosotros** (J. Lligadas).

Hechos de los Apóstoles 5,12-16. Los Apóstoles hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Los fieles se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárseles, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a la calle, y los ponía en catres y camillas, para que al pasar Pedro, su sombra por lo menos cayera sobre alguno. Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén llevando enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos se curaban.

Hemos visto durante la Octava de Pascua las apariciones de Jesús Resucitado. El apóstol Tomás, uno de los doce discípulos, no dio crédito ni a las mujeres ni a los compañeros, que le decían: **Hemos visto al Señor**. Y él respondió: **Si no introduzco mis manos en su costado y no toco las señales de los clavos no creeré**. Quería asegurar su fe tocándole. Y si el Señor había venido para que lo tocasen, ¿cómo dice a María en el texto anterior: **No me toques, pues aún no he subido al Padre** (Jn 20,17). Y el Señor dijo al mismo Tomás: **"Ven, tócame; introduce tus manos en mi costado y no seas incrédulo, sino creyente"**.

¿Qué hubiese pasado si el Señor hubiese resucitado sin las cicatrices? Tiene presentes todas las vivencias de su cuerpo y de su alma, aunque puede aparecerse en cualquier situación, reconocible o no, con o sin llagas. Pero si no hubiese conservado las cicatrices en su cuerpo, no hubiera sanado las heridas de nuestro corazón. Al tocarle lo reconoció. Le parecía poco el ver con los ojos; quería creer con los dedos. «**Ven -le dijo-; mete aquí tus dedos, no suprimí toda huella, sino que dejé algo para que creyeras; mira también mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente**». Tan pronto como le manifestó aquello sobre lo que aún le quedaba duda, exclamó: «**¡Señor mío y Dios mío!**», la confesión de fe más sublime de todas... Tocaba la carne y proclamaba la divinidad. ¿Qué tocó? El cuerpo de Cristo. ¿Acaso el cuerpo de Cristo era la divinidad de Cristo? La divinidad de Cristo era la Palabra; la humanidad, el alma y la carne. Él no podía tocar ni siquiera el alma, pero podía advertir su presencia, puesto que el cuerpo, antes muerto, se movía ahora vivo. Esto proclamó Tomás; tocaba la carne e invocaba la Palabra, porque **la Palabra**

se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14) (San Agustín, sermón 145 A). **¡Dichosos los que tienen fe sin haber visto!**

La resurrección es un nuevo modo de existencia corporal. En estos días, Jesús deja encaminada la configuración de la Iglesia, lo que ahora llamamos jerarquía, sacramentos, y sobre todo el don del Espíritu, que es su alma. ¿Cómo puede Juan descubrir la venida del Espíritu sobre los apóstoles el domingo de Pascua, mientras que Lucas la anuncia para Pentecontés? (Lc 24,49). Cristo reproduce el gesto creador de Gén 2,7, al soplar, y es un acto de creación, un segundo Adán que da su "Espíritu". Ha querido asociar la transmisión del perdonar en esa aparición de resucitado, como significando la resurrección que suponen los sacramentos purificadores (Maertens-Frisque).

Vemos el envío de Cristo: "**Como el Padre me ha enviado, así os envío yo**". Para la realización de esta tarea reciben la fuerza del Espíritu. La misión de los discípulos es la misma de Jesús: ser testimonios del Padre, del Dios que ama tanto al mundo que le da la propia vida. Empieza una nueva creación. Así como Dios había alentado sobre aquella figura de barro para darle la vida, Jesús da el Espíritu a los discípulos para que tengan su misma vida, una vida que se caracteriza por la reconciliación, por la capacidad de ser corderos de Dios que quitan el pecado del mundo a base de dar la propia vida por amor y con plena libertad (J. M. Grané).

«**Para que, creyendo, tengáis vida**». El Señor se había designado ya durante su vida como «**la resurrección y la vida**», y demuestra la verdad de sus palabras en su evangelio.

2. Crecía el número de los creyentes. En torno a los Apóstoles comienza a formarse la primera comunidad eclesial, avalada por la fe en la resurrección del Señor Jesús. No tiene fronteras, como explica San Cirilo de Jerusalén: «La Iglesia se llama católica o universal porque está esparcida por todo el orbe de la tierra, de uno a otro confín, y porque de un modo universal y sin defecto enseña todas las verdades de la fe que los hombres deben conocer, ya se trate de las cosas visibles o invisibles, terrenas o celestiales; también porque induce al verdadero culto a toda clase de hombres, a los gobernantes y a los simples ciudadanos, a los instruidos y a los ignorantes; y, finalmente, porque cura y sana toda clase de pecados sin excepción, tanto los internos cuantos los externos; ella posee todo género de virtudes, cualquiera que sea su nombre, en hechos y palabras y en cualquier clase de dones espirituales» (Catequesis 18,23-25).

La fe en el Señor es lo que constituye a la comunidad. Lo que da cohesión a la actividad de los creyentes es que todos se sienten envueltos por la fuerza del resucitado. Y por lo mismo, juntándose a la comunidad es

al Señor al que se unen. Lo que sugiere una especie de identificación entre Jesús y los suyos en los momentos gloriosos (como es el caso aquí) y en los de más dificultad (cf. Hech 9,5). La sobra de Pedro cura, como la fuerza de Jesús que ahora es fuerza de los discípulos; lo mismo que hace Jesús harán sus discípulos; si él hizo curaciones, los discípulos también las harán en su nombre (cf. 3,6). O, dicho en otras palabras, la fuerza de Jesús resucitado sigue viva en los que creemos en él. Con esta afluencia de las gentes a la ciudad de Jerusalén, comienza a cumplirse la segunda parte del programa de los apóstoles que predicaron el evangelio hasta los confines de la tierra (Hch 1,8) ("Eucaristía 1977"). Esa fuerza hace que puedan proclamar los apóstoles: **«hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»!** (v 24). Se sienten libres, milagrosamente escapados de prisión... ¡Qué Dios éste, que parece que juega con los hombres, frágiles juguetes en sus manos! (M. Gallart).

Tener una sola alma y un sólo corazón, compartir todas las cosas para que no hubiera pobres en la comunidad es, sin duda, el reto de la Iglesia. ¿Es el idealismo de la comunidad de bienes?

"Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia". El Señor lo cantó al finalizar la Última Cena: con los sentimientos que se contienen en él, nuestro Salvador se encaminó hacia la vía dolorosa que le introduciría en la gloria del día eterno. **"La piedra que desecharon los arquitectos, es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo"**. Gracias, Jesús, porque sabías que hacías realidad nuestra salvación, y con ese salmo te preparabas a tu misión redentora. Habías revelado ya el significado mesiánico de este salmo de tu pasión. En la angustia tremenda de Getsemaní, Jesús grita a Dios **'con poderoso clamor y lágrimas'**; su Padre le escucha, está con Él y le auxilia, enviándole un Ángel para que le consuele en su agonía. A la hora de afrontar su Pasión, el Señor no teme, sabe que los hombres no podrán hacer nada definitivo contra Él, porque su Padre le resucitará. Este es el modo como Él mismo verá la derrota de sus enemigos. Pero antes, el designio de su Padre era permanecer en la Cruz hasta el final. "Si no hubiera existido esa agonía en la Cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar" (Juan Pablo II).

"El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación", y te alabamos, Señor, porque eres bueno. "Nada más grande -comenta S. Agustín- que esta pequeña alabanza: *porque es bueno*. Ciertamente, el ser bueno es tan propio de Dios que, cuando su mismo Hijo oye decir 'Maestro bueno' a cierto joven que, contemplando su Carne y no viendo su Divinidad, pensaba que Él era tan sólo un hombre, le respondió: '¿Por qué me llamas

bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios'. Con esta contestación quería decir: Si quieres llamarme bueno, comprende, entonces, que Yo soy Dios."

El Señor es bueno, eterna es su misericordia. "¡Quién de nosotros, al meditar en lo que la Iglesia celebra exultante en este salmo -la Pasión, Resurrección y Ascensión del Señor- no prorrumpirá en aclamaciones, como hicieron los niños que agitaban los ramos de palmas delante del Señor: Bendito el que viene en nombre del Señor! (v. 26)" (S. Jerónimo).

"Este es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo". Un día Jesús le dijo a santa Faustina Kowalska: "La humanidad no encontrará paz hasta que se dirija con confianza a la misericordia divina" (Diario, 132). La misericordia divina es el don pascual que la Iglesia recibe de Cristo resucitado y que ofrece a la humanidad: "Acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo" (1 Pet 1,22). Jesús había enarbolado la bandera de la Resurrección y la vida como programa de vida, que nosotros debemos retomar en un mundo que avanza entre muertos, y se decanta hacia la cultura de la muerte.

3. El Apocalipsis nos da un mensaje de vida a toda la Iglesia primitiva para que en medio de la persecución que se ha despertado a causa del anuncio de la resurrección de Jesús y de la nueva forma de vida que predica el cristianismo naciente, siga firme y fiel, ya que quien ha sido resucitado de entre los muertos es el principio y fin de todo, y acompañará a sus seguidores hasta el final de la historia.

Llucià Pou Sabaté